

Recordar, compartir, aprender

Salamanca

Regina Blázquez Elices

Adriana Serna Jaramillo, 26 años

RETRATANDO EL ALMA

El recuerdo de un amor, la satisfacción de haberlo vivido y especialmente haberlo sentido. Dos seres que se habitaron en un sentimiento de amor sincero y verdadero que ha trascendido incluso la muerte, donde cada recuerdo revive un pasado. Una vida de altos y bajos pero especialmente vivida con amor, dedicación, con el empeño de formar una familia y con la indudable certeza de que, durante muchos años, estuvieron unidos y se amaron el uno al otro.

He despertado tantas veces con el anhelo de verte sonreír a mi lado, de refugiarme en un abrazo y mirarte a los ojos, giro mi cabeza y veo la cama vacía, ya no te puedo tocar. Físicamente no estás pero aún conservo el aroma de tu piel, los recuerdos de aquellas épocas tan felizmente vividas a tu lado, como cómplices y compañeros de este viaje en el que nos embarcó la vida. Parece que fue ayer cuando emprendimos esta aventura juntos, cuando decidimos caminar el uno al lado del otro.

La luna siempre nuestra cómplice. En el firmamento brillan tantas estrellas, quizá tú estás en ellas y una sonrisa se dibuja en mi rostro. Especialmente hoy recuerdo el momento en que nos conocimos, no imagino lo que hubiese sido mi vida lejos de ti.

Era tan joven, tenía toda una vida por delante. Sin embargo, el futuro no era una preocupación, ni siquiera un sueño. No alcanzaba a visualizar proyectos a largo plazo, tampoco pensaba en el amor, ése que llega y se apodera de la razón. Vivía el día a día, sólo interesada en el presente con la vitalidad juvenil. Socialmente la situación no era la mejor, quizá por esa razón sólo nos ocupaba el presente, el seguir viviendo ante un desolado panorama marcado por una guerra civil que nos entristecía por ver cómo entre compatriotas se eliminaban en un devastador campo de batalla, en una ventolera de pólvora que dejó trastornadas tantas vidas.

Quedé huérfana a una corta edad, primero de madre y en sólo un año también de padre, ¡qué indefensa me sentía!, tan pequeñas mi hermana y yo para enfrentar un destino tan incierto. Teníamos cinco hermanos por parte de nuestro padre y los queríamos mucho, ellos se ocuparon de nuestro bienestar. ¡Tan solitas! Así crecimos entre parientes que cuidaron de nosotras.

Recuerdo el día que nos conocimos, quién iba a imaginarlo. Trabajaba como empleada de hogar, así pasaba los días entre limpiar y cocinar. Un domingo como tantos otros, las chicas del pueblo, aprovechando nuestro día de descanso, nos disponíamos a ir al río a lavar en una procesión de risas y cantos. Llegamos al río aquella soleada mañana, hablábamos y jugábamos, cuando vimos acercarse un grupo de jóvenes, eran todos militares de Matacán. En nuestras caras se dibujaba una sonrisa nerviosa. Y ahí estabas, nuestras miradas se cruzaron, incluso sentí las mariposas en el estómago tal como lo describían las novelas de amor que había leído. ¿Cómo reconocer si este primer síntoma era la señal del amor o quizá se trataba de mi príncipe azul, ése que debía llegar a caballo a liberar a su hermosa doncella y ser felices para siempre? Qué tontería, demasiado precipitado para pensar tantas cosas sólo por una mirada.

Al atardecer cuando la ropa estuvo seca, las chicas y yo en nuestra procesión dominical regresamos a casa. Había sido un día especial. Sonreíamos de manera casi inexplicable. Durante el camino no hablábamos de otra cosa que no fuera de la tarde compartida con los militares. Y así transcurrieron varios domingos en una cita sin concertar pero a la cual todos asistíamos. Los encuentros comenzaron a ser cada vez más divertidos y en diferentes escenarios, también íbamos a bailar, ¡uf, cómo me gustaba bailar! Todos me invitaban y tú

Recordar, compartir, aprender

celosamente los apartabas para bailar conmigo. Mi corazón latía tan fuerte que creo lo sentías. Ahora sí me sentía como la princesa del cuento.

Tantos momentos vividos y compartidos. Cuántas risas y alegrías, incluso también angustias. Recuerdo aquel domingo que fuiste a verme al río como de costumbre. El coche con dirección a tu pueblo pasaría en menos de media hora pero estabas tan entretenido hablando y contando historias que hasta lo olvidaste y cuando te diste cuenta era demasiado tarde, ya había pasado y emprendiste una maratónica carrera; en taxi tuviste que viajar hasta el siguiente pueblo donde alcanzaste el coche. En mi afán por asegurar tu regreso te encargué dulces de tu pueblo, ya que no quería hacer caso a mis necios pensamientos que se debatían entre el que no volverías. No puedo negar que me entristecía pensarlo. Pero te dejé partir y el sólo recordar cada día tu imagen de fugitivo inalcanzable me hacia sonreír.

Una mañana escuché voces en la calle, luego llamaron a la puerta, abrí lentamente y cuál fue mi sorpresa al verte de pie frente a mí con la caja de dulces en la mano. Sonreímos y en un abrazo de gozo y felicidad ambos nos enlazamos para no soltarnos jamás porque a partir de ese día comenzamos a tejer nuestro amor.

Un año después nos casamos, un 13 de septiembre, en las fiestas de tu pueblo. Fue el día más feliz de mi vida, aunque para ser sincera no sabía en lo que me metía, ¿qué significaba el matrimonio?; no, qué va, esas cosas no las piensa una mujer enamorada, todo lo que ello implica va llegando después. Pero tuve suerte porque todo salió bastante bien. Compartimos momentos muy bonitos y felices, juntos siempre, con altos y bajos, pero nada que no pudiéramos superar.

Así compartimos 66 años de feliz matrimonio, recuerdos que no podré dejar escapar. Te amo tanto, y siempre en mi memoria estarás, aunque comience a olvidar todo lo demás.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

La vida, una palabra tan corta pero con unas dimensiones incalculables, a veces incierta, camina sigilosamente y nosotros con ella.

Cuando era joven tenía la certeza y la firme convicción de que podía “comerme” el mundo, vivía el día a día con arreglo a la vida sin proyectos o sueños a largo plazo porque el futuro no me preocupaba. Incluso, con esa vitalidad juvenil estaba dispuesta a cometer locuras y embarcarme en aventuras muchas de ellas por amor. Quizá mi mayor aventura por amor fue casarme porque aunque no sabía muy bien las implicaciones de esta decisión, di el paso y gracias a ello he sido muy feliz.

A medida que vives cada etapa de la vida, adquieres conocimiento y experiencia que, si bien no te reflejan el verdadero significado de la vida, te brindan la oportunidad de encontrarle sentido a tu propia vida y te das cuenta de que cada momento hay que disfrutarlo al máximo y vivirlo con pasión porque sólo sucede una vez. El tiempo pasado no volverá, esta afirmación expresada con nostalgia se convierte también en la llave para abrir las puertas al riesgo, la aventura y las ganas de darlo todo por tu vida.

Desde mi experiencia me atrevo a decir que la vida en sí misma merece la pena, es necesario aventurarse a asumirla y vivirla con decisión y responsabilidad porque es algo que nadie puede hacer por ti. Porque es el conjunto de esas situaciones y dimensiones que abarca la vida lo que te reta a continuar y luchar por lo que se anhela, y lo que realmente se desea.

Te invito a vivir apasionadamente porque asumir la vida vale la pena, solo así hallarás su incalculable valor y su esencia.